

Pocos segundos después, Guillermo estaba en su presencia.

## III

## EL JURAMENTO

Pálido también y muy turbado, detúvose el joven á algunos pasos de *la Pródiga*, mirándola á la cara, lleno de amor y humildad, ó de adoración y susto, como quien teme ser mal acogido. Abarcó luego con los ojos todo aquel cuadro solemne y melancólico; desde la medrosa lontananza del vasto salón, casi lleno de tinieblas, hasta el foco de luz del rojizo hogar y de la solitaria lámpara, cuyos concentrados fulgores rodeaban de una especie de fantástico nimbo la aristocrática figura de la ricahembra, condenada á pasar la segunda mitad de su vida en aquel aislamiento y aquella inacción; y, por virtud de este doloroso examen, sintióse penetrado de tal lástima y de tanto respeto, que al fin exclamó tierna y denodadamente:

—¡Qué bien he hecho en venir! ¡Mil vidas como la mía, y mil veces todas las grandezas del mundo, no valen lo que la gloria de acompañar un solo instante en su destierro á la reina de las mujeres!... Y ¡ay! si, además de esto, yo pudiera creer que mi presencia, que mi amor, que el humilde homenaje de mi vida y de mi alma llegarán á servirle de algún consuelo y de algún solaz..., no cambiaría mi suerte en este momento por la de ningún rey de la tierra... ¡Julia! ¡Tenga usted misericordia de mí!... ¡Perdóneme por segunda vez el atrevimiento con que

profano la costosísima quietud de su retiro, aspirando á la dicha de compartir las penas de su corazón, y hasta considerándome capaz de proporcionarle alguna alegría!...

—¡Insensato!...—murmuró *la Pródiga*, siguiendo, el hilo de sus anteriores pensamientos.

Y la severa y recelosa mirada que fijó en Guillermo al verlo entrar, trocóse en irónica ó en desdeñosamente compasiva.

—¡Julia!...—prosiguió el joven, sin adelantar un paso; es decir, más cerca todavía de la puerta de entrada que de la gran chimenea á cuyo otro lado estaba sentada la aristócrata.—¡Julia! ¡No me compadezca usted si lo hace con relación á lo que he dejado en el mundo y á lo que la vida podría ofrecerme lejos de aquí! ¡Compadézcame solamente por los dolores y tormentos que *aquí* pueden aguardarme! ¡Compadézcame si conoce usted que no ha de aceptar nunca mi amor, que ha de ser insensible á mis lágrimas, que no ha de importarle nada mi muerte!... ¡Y ni aun así me compadezca del todo; pues morir por usted, ó vivir desdeñado, pero viéndola, será mayor felicidad para mí que cuanta he hallado lejos de esta casa desde que nos separamos!... Porque... sépalo, y no me agradezca el que haya venido á buscarla en la mitad del invierno, en pleno Carnaval y plena legislatura, resuelto á quedarme aquí por toda la vida, cualquiera que sea la sentencia que pronuncie usted sobre mi suerte (ora sea bien acogido, ora sea desdeñado; ya gozando inefabables delicias en esta morada, ya sepultado bajo la muda tierra en ese valle)... Sépalo, sí, y no me agradezca lo que no ha sido sacrificio de ningún género. ¡Yo no dejo en Madrid más que tristezas y desencantos!... ¡Abomino y desprecio todos

los favores y glorias del mundo!... ¡Nada he encontrado allí, ni entre los aplausos populares, ni en las altas esferas de la sociedad, que pueda compararse con usted, ó que valga lo que su hermosura, lo que su noble alma, lo que su heroica historia!... Ruindades y miserias, iguales á la idiotez y cobardía con que por un momento me entregué á necias ambiciones, hanme hecho aborrecer más que nunca á los héroes y diosas de la corte, y vengo aquí, sediento de reposo y de olvido, en busca de la *verdad*, que indudablemente hallaré á todas horas en usted y en la Naturaleza... ¡En usted y en la Naturaleza, francas y valerosas hermanas, igualmente espontáneas y espléndidas, muy superiores á las ruines vestales ó viles hipócritas que dejo en la llamada "sociedad"!...

—¡Insensato!—repitió una vez más Julia, como si hablara sola.

Y luego se estremeció y cerró los ojos ante aquella pasión y aquella demencia, respecto de las cuales difícilmente se podría discernir si el amor procedía de la locura ó si la locura procedía del amor.

Reinó largo silencio.

Julia, con la frente inclinada y los ojos clavados en tierra, retorció una contra otra sus cruzadas manos.

Guillermo había avanzado algunos pasos y posaba sobre la abatida cabeza de la deidad un mirada de tan íntimo y verdadero sentimiento, que parecía llegar hasta el corazón de la misma que no osaba recibirla en sus turbados ojos.

Y debió de llegar efectivamente, por intuición misteriosa del espíritu que en aquella cabeza luchaba con temerarios afectos; pues que la indomable *Pródiga* exten-

dió y agitó una mano, cual si quisiese romper el hechizo que la poseía...

No hubo, empero, de lograr sustraerse á sus emociones; y, levantando los ojos al cielo, exclamó lúgubremente:

—¡Estaría escrito!... ¡Era de fatalidad mi estrella! ¡Quién á hierro mata, á hierro muere!

Se volvió luego hacia Guillermo; mostróle un asiento que había al otro lado del velador y le dijo con dolorosa cortesanía:

—Siéntese usted y óigame.

El altivo ingeniero, fanatizado como siempre por aquella sacerdotisa del amor, que nada tenía que envidiar, ni como seductora, ni como augusta, á la olímpica madre y esclava de Cupido, obedeció sumisamente, en tanto que ella decía con su acostumbrada sinceridad:

—¡Cante usted victoria!... El horror que yo quería evitar está consumado... ¡Ni mis razones de aquella noche funestísima, ni el empeño que puse en franquearle á usted el camino de su ambición de gloria y nombre, ni el haber dejado de contestar á sus dos embriagadoras cartas, nada ha sido parte á impedirle que realice el propósito de colocarse y colocarme entre dos abismos!... ¡De muchos me había salvado en mi tormentosa existencia: en muchos vi caer á los que me amaron...; pero hoy me toca á mí ser la víctima! Guillermo...—añadió después con indefinible tristeza:—yo no oculto ni escatimo nunca la verdad... ¡No sé si ya se lo habrá dicho á usted su corazón!... De todos modos, debo comenzar declarándolo valerosamente: ¡Yo le amo á usted con toda mi alma!

—¡Julia de mi vida!—exclamó Guillermo, loco de felicidad y en ademán de prosternarse á sus pies.

Pero ella le contuvo con fría y altanera mirada, mientras que añadía en són de amarga queja:

—¡Ay, sí!... Yo le amo á usted... Pero no como usted me ama; no como suele amarse en este mundo, sino como únicamente sabe amar la llamada *Pródiga*... ¡Quiero decir que yo le amo á usted más que á mí misma, más que á mi propio amor, más que á mi infeliz alma, sedienta de perdurable ventura!

—¡Julia mía!...—replicó Guillermo, cruzando las manos.

—¡Oh! ¡Sí!... ¡Seré suya!... ¡Demasiado suya!—continuó la cuitada con tal desolación, que el joven se quedó otra vez yerto.—Suya soy...; pero oiga usted cómo, y por qué, y hasta cuándo... Decía que le amo á usted. Le amo desde el instante en que nos vimos... ¡Todo lo que usted es... y *ha de ser* en este mundo; todo lo que ya ha demostrado que vale..., lo adivinó aquel día mi corazón!... Y fui generosa, fui *pródiga*, renuncié al que pudo constituir mi gozo y mi orgullo, y obligué á usted á marcharse en el momento en que me ofrecía, no sólo su amor, sino su mano... ¡No quise ligarle á usted á mi infortunio ni por una hora! ¡Pobre y desacreditada, incapaz de procurarle ningún bien en la vida, me gocé en no causarle ningún mal, y quedé aquí, triste y sin consuelo, recordándole día y noche, haciendo votos por su ventura, y deseando que usted me olvidase completamente!... Déjeme proseguir... Necesito que me oiga... ¡Le interesa á usted mucho conocer nuestra situación respectiva y la en que de seguro nos veremos con el tiempo! Dice usted, y lo

cree tal y como lo dice, que está desengañado del mundo y de la vida; que sólo ambiciona vivir ó morir á mi lado; que nada sacrifica en aras de mi amor...; y, aunque yo sé, por repetidos ejemplos, qué es lo que vienen á ser en definitiva esas desesperaciones de los veinticinco años... (¡nubes de primavera, que disipa el sol de la virilidad! ¡Crisis precursoras del total desarrollo de la imaginación en los poetas!), todavía resulta que, en el paroxismo de ese odio fugaz que tiene usted hoy al linaje humano, cualquier alianza con la proscrita, con la emparedada, con la réproba del *Cortijo del Abencerraje*, representa á los ojos del gran orador, momentáneamente vencido por algún intrigante ó palaciego, una especie de dulce suicidio... No repararía usted, por consiguiente, esta noche (como no reparó tampoco antes de creer suya la cartera que acaba de perder por arte de magia cortesana), ni aun en la temeridad de ofrecerme su mano de esposo..., ¡y muchos son verdaderamente los que, al impulso de tales raptos de melancolía, han contraído matrimonios semejantes, en pugna abierta con la sociedad!... Pero yo, que desde el otro lado de la tempestuosa cumbre de las pasiones juveniles leo claramente en el alma y en el porvenir del hombre que amo, no debo abusar de su locura, sino ver de curarla á todo trance, aunque sea á costa del resto de mi vida...

—¡Oh, Julia! ¡Julia! ¿Qué va usted á hacer? ¿Qué va á decir?—exclamó Guillermo con espanto.—¡Sus dudas, sus desconfianzas, sus recelos son los que realmente me vuelven loco!... La triste solemnidad de sus palabras y la lúgubre expresión de su rostro causan miedo á este mi pobre amor, tan lisonjeado al verse correspondido

por el suyo... ¡Sepa yo de una vez, Julia de mi vida, la suerte que tiene usted reservada al más infortunado de los hombres!

Julia sonrió bondadosamente y replicó, poniéndose de pie:

—¡Diga usted el más afortunado de los niños! Y para que no lo dude, ni tema que con un tiempo tan espantoso le obligue á marcharse de mi casa como en otra ocasión, oiga usted las órdenes que voy á dar ahora mismo...

Y así diciendo, llamó al capataz.

—¡Antonio!—díjole con alto y reposado acento en cuanto le vió aparecer.—Desde hoy, el verdadero dueño de esta casa es el Sr. D. Guillermo de Loja, mi futuro esposo, á quien todos obedeceréis y serviréis antes que á mí. Anda, y dispónle cama y lumbre, y cuanto haya menester, en las habitaciones que ocupó mi padre, y donde yo no he entrado todavía desde que vine. Nada más tengo que decirte por esta noche.

El anciano se retiró aturdido, como si cien truenos hubiesen estallado sobre su frente, en tanto que Guillermo, aturdido también, caía á los pies de Julia, exclamando:

—¡Yo te adoro!

—¡Ojalá sea verdad!... ¡Pero no lo oiga yo todavía!... ¡Aun no hemos acabado de hablar de cosas tristes!...—repuso la *Marquesa* con renovada amargura, encaminándose á su sillón y señalando el otro á Guillermo.—Siéntese usted y óigame, que importa mucho á su felicidad lo que me resta que decir...

—¡Julia!—replicó el joven.—¡No más tristezas! ¡No más recelos!... ¡Yo te adoro como no ha sido adorada mujer ninguna!... Tal vez te figures que me entero de todas

esas cosas que con tanta seriedad me dices, y aun supondrás que consiento en ellas, al ver la atención con que te escucho; pero cree, vida mía, que yo no oigo ya tus palabras, sino la música de tu voz...: ¡de tu voz armoniosa y divina, que tiene para cada nota las tres cuerdas de la antigua cítara oriental, y que habla de amor y halaga los sentidos hasta cuando busca los tonos del desdén ó de la pena! ¡No pidas, pues, alma de mi alma, otros acentos á esa traidora lira, que aquellos con que lamentaba Safo su desventura de no haber hallado en todo Lesbos un Guillermo de Loja!...

—¡Silencio, digo!—replicó Julia deliciosamente, poniéndose un dedo sobre los labios.—Será la última vez que yo mande, y quiero ser obedecida... ¡También será la vez última que el Sr. D. Guillermo de Loja me acusará de obstinada en otra cosa que en amarlo y servirlo!... Pero... ¿qué estoy hablando? ¡Ni aun en servirlo me obstinaré!... Y he aquí precisamente lo que tengo que explicarle ahora...

—¡Por compasión, Julia!—dijo él con tanta humildad como nobleza.—¿A qué afligirme insistiendo en esos aciajos pronósticos?...

—¡Por compasión, Guillermo!—repuso donosamente Julia.—¡Déjeme usted pronosticar y afligirle, y descargar con ello mi conciencia!... ¡Así entraré más libre y descuidada en la senda de flores, no sé si larga ó corta, que vamos á recorrer juntos!... Declaro, pues, ¡oh mi querido huésped!, que he mentado como una bellaca, por la primera vez de mi vida, al participar á ese pobre labriego que pienso casarme con vuestra merced... ¡Déjeme hablar! Yo, Sr. D. Guillermo de Loja, no aceptaré nunca

su blanca mano, por la sencilla razón de que no le conviene á usted semejante enlace, ni, *de consiguiente*, á mí tampoco... ¡Inútil es que se afane en discurrir ninguna contestación...; pues yo no he de oírle, ni, aunque le oyera, le haría caso!... ¡No: no nos casaremos!... ¡Perdóneme la inmoralidad del anuncio, y quede esto dicho, y jurado, y consentido, y pasado en autoridad de cosa juzgada, por todo el tiempo que vivamos sobre la tierra! En cuanto á las razones por qué no nos conviene casarnos, ya dije lo bastante hace cinco meses; y como ninguna de aquellas tristes verdades ha dejado de serlo, considero ocioso repetir las... Pero, en cambio... y por mucho que se impaciente usted, y se enoje, y hasta se indigne de verme tan grave y formal, cuando sin duda arde usted en deseos de repetirme aquello tan dulce y tan bonito que me dijo en la glorieta del jardín, de que *"todo era amor en nuestros ojos y en nuestra sangre, y en aquella luna complaciente y discreta* (entonces nos alumbraba la luna), *que nada le contaría al envidioso mundo..."* (¡ya ve usted que tengo buena memoria, y que merezco ser oída con paciencia); en cambio, digo, hay que establecer definitivamente otro hecho, fundamento indestructible, que servirá de base á nuestro amoroso pacto de esta noche, y es el siguiente: Yo creo, mi querido poeta, según ya le he indicado antes, que está usted enfermo del alma, ó sea loco de aborrecimiento al mundo y de amor á mi humilde persona... Propongome, pues, al darle hospitalidad en este cortijo, lo contrario que Armida con Reinaldo, ó que Dalila con Sansón: propiongome curarle de esas dos locuras, á fin de que pueda muy pronto volver á Madrid á conquistar nuevos laureles, á dar muchos días de gloria á la patria y á

ser tan dichoso como merece serlo... ¿Ve usted? ¡Siempre resulto despilfarrada y pródiga, pues que, amándole tanto como le amo, no tengo celos de la futura compañera de su vida, de la que será madre de sus hijos, de la que pasará años y años á su lado de usted cuando yo haya muerto!... Vivirá usted, por tanto, aquí, conmigo, únicamente el tiempo necesario para curarse de su exagerado odio al mundo y de su exagerado amor á mí... ¡Ni una hora más! No se ría usted, mi futuro Eneas... No se ría usted, mi cruel verdugo de mañana... ¡Yo conozco á los ambiciosos, y sé que usted sanará, en breve tiempo, de esa especie de locura *estacional* de la juventud, que le trae muy de buena fe á la cartuja de mis brazos!... Sanará usted, sí; pasará esa su vocación efímera por el retiro, por la vida campestre, por la mujer divorciada de la sociedad...; y entonces..., entonces... se irá usted... en busca de afectos *legales* (que son los únicos que dan perdurable felicidad); quiero decir, entonces querrá usted irse... y no se atreverá á decírmelo, y yo lo conoceré inmediatamente, y... (perdóneme usted esta lágrima...) ¡nuestros amores habrán terminado!

—¡Julia! ¡Julia!—exclamó Guillermo con íntima efusión.—¡Ese caso no llegará! ¡Yo te lo juro por mi alma! ¡No sometas la dicha á tan cruel análisis! ¡No me desgarras el corazón!... Y, sobre todo, ¡no llores!... ¡No llores!...

—Ya no lloro... ¿Ve usted? Ya estoy tranquila...—respondió Julia con tierno y melancólico acento.—Por lo demás, ¡demasiado sabía yo que usted no cree hoy racional ni posible nada de lo que digo! ¡Demasiado sé que usted está seguro de que no llegará nunca un día en que

me considere como un peso, como un estorbo, como una cadena!... ¡Pero ese día llegará! ¡Yo lo habré ido viendo venir, pues estaré siempre en acecho, y no me equivocaré ni un minuto al pronunciar la sentencia de nuestra separación! Ahora bien, Guillermo...: ¡desde hoy para entonces, necesito saber que usted obedecerá y cumplirá esa sentencia; que no me impondrá el tormento de su compasión, de su disimulo, de su sacrificio...; que no habrá en nuestros amores ni una gota de hiel; que, al terminar sus mieles, habrá terminado nuestra común historia, y que usted se irá, por tanto, bendiciéndome, como yo me quedaré bendiciéndolo!... ¡Júremelo!... ¡Sólo de esta manera podrá ser feliz hasta ese incierto día su pobre Julia!

—¡Julia!—insistió Guillermo ingenuamente.—¡Yo no puedo ni debo jurar sobre un supuesto imposible, absurdo, abominable! ¡Yo no te abandonaré jamás! ¡Yo no lo desearé! ¡Yo no puedo imaginarlo siquiera! Por tanto, no quiero insultar mi amor con el juramento que me pides. ¡Prefiero tu desdén y la muerte!

—Pues bien: ¡no jures!—contestó la Marquesa con desesperado acento.—¡Juraré yo!... ¡Sí! ¡Yo juro que te irás! ¡Yo, *la Pródiga*, soy quien pongo á Dios por testigo de que no te pesaré ni un solo día, de que no me aborrecerás ni una sola hora, de que no estorbaré á tu gloria ni á tu felicidad ni un solo instante!

—¡Julia!...—gritó el joven, lleno de susto, al ver la terrible expresión con que la beldad se puso de pie y levantó al cielo la mano derecha, al pronunciar tan solemnes palabras.

Pero aquella trágica actitud se había cambiado de pronto en graciosa y afable, y Julia, dejándose caer lán-

guidamente sobre el sillón, decía ya á Guillermo con encantadora, líbrica sonrisa:

—¡Se acabaron las conversaciones tristes!... Repíteme ahora, como si estuviéramos en el jardín, aquello de *la luna*... Aquí habrá que decir "*lámpara*"... *complaciente y discreta que nada contará al envidioso mundo*... ¡Porque en verdad te digo, mi amado Guillermo, que el mundo haría muy bien esta noche en tener envidia de ti!...